

Ganancias

¿Hasta cuándo este encarecimiento de los productos básicos? La provisión de víveres se ha convertido en una tarea imposible, apta para intrépidas maestras del hallazgo de vales descuentos y tres por dos. Solo hace falta escuchar el trasiego de coloquios de quienes transitan, cesta en mano, por los pasillos del súper, con los lineales de las ofertas y marcas blancas semivacíos. «¡Las manzanas, a dos ochenta el kilo! ¿Dónde vamos a ir a parar, hija mía?», se queja una; mientras, su parroquiiana, con cara de póquer, no da crédito a que sus galletas María de toda la vida abulten su precio sin medida, alcanzando casi el triple de lo que costaban antes del verano. La temida inflación no para de reinar en el cielo de todos, aunque su impacto es mayor en las grandes nubes, cumulonimbos de trabajadoras que, con exiguos salarios, se convierten en equilibristas del monedero, capaces de sortear la cuerda floja en mitad de un vendaval de mil demonios.

Josefa está acostumbrada a esquivar vicisitudes, como obstáculos en la carrera del videojuego por el que tanto pierde el seso su nieto y que ella no llega a comprender. Desde que murió Paco hace unos años, su vida dio tal vuelco que ni las fluctuaciones de la bolsa en tiempos de incertidumbre económica. Harta de controles, chantajes y amenazas, afronta la existencia en su Mérida de toda la vida (ella es romana, romana) con valentía, arrojo, ironía y buen humor, pese a que su Antonio, parado desde la pandemia, se le ha metido en casa, junto a su nuera y sus dos hijos, complicándole su día a día. No importa, nada podrá conmigo, se dice. Las estrecheces del sistema conviven con ella mas no la amilanan. A pesar de ello, algunas mañanas, cuando cree que nadie la escucha, se entrega a un desconsuelo de lágrimas, a la vez catártico y regenerador. No es para menos: con unos escasos quinientos euros mensuales encara la alimentación de cinco bocas –no inapetentes precisamente–, la luz, el teléfono, la comunidad o la *letra de los vivos*, como se refería siempre al seguro de decesos su madre, que en paz descanse.

Aquella mañana de otoño lo tenía todo listo, pensado y calculado. Como quien quiere dejar para la posteridad un asunto trascendente, emulando la labor de estadistas y prohombres de la patria, escribió sin urgencias y con regusto de solemnidad la *carta de la verdad*. Así la iba a llamar. Sería su versión de todo, para que se enterase el mundo entero. Ese día estaba sola, por suerte, en el piso. Se iniciaba el ceremonial. Se tomó su tiempo en ducharse, sacar a la perra, hacer la cama, vestirse, desayunar... Además, la ocasión lo merecía: no podía dejar de lucir, para tal acontecimiento, sus mejores galas, collar de perlas incluido. Se observó ante el espejo y le gustó lo que vio: una mujer hecha

a sí misma, combativa, fuerte, resistente, que no se amedrenta ante los sinsabores. Con paso decidido, dejó atrás el colmenar de su barrio, poblado de edificios que simulan ser gigantescas cajas de zapatos agujeradas con ventanucos y balcones de toldos raídos. Su entrada triunfal en Carrefour la sintió como la victoria que tanto anhelaba. La primera batalla no podía haber dado un mejor resultado sin apenas esfuerzo: con tan solo un euro ganaba un flamante carro de combate. La nueva revolución iba a comenzar con ella, era consciente y así lo concebía. Siempre había querido emular a grandes rebeldes, como a Espartaco, cuya película había visto tantas veces con un imponente Kirk Douglas que le quitaba el *sentío*. Pero, sobre todo, en ese momento, se acordó de los del 25 de marzo, aquellos hombres y mujeres que protagonizaron una gesta en Extremadura antes de la guerra civil. Fue su amiga Petra, a la que llaman en el barrio «la comunista», quien le contó hace tiempo en qué consistió este acontecimiento histórico, aún bastante desconocido.

Con parsimonia, aunque con decisión y firmeza, fue desfilando por los pasillos del establecimiento. Poco le importaban ahora los precios. Más bien al contrario, su cabeza había dejado de calcular importes. Era la ocasión perfecta para elegir los productos solo con la guía de sus inclinaciones y deseos. En apenas dos horas, su carro rebosaba una gran cantidad de artículos de alimentación, perfumería y droguería. No se había olvidado de pasar por la sección de textil y calzado, donde se regaló dos blusas, un vestido y un par de zapatos; que falta le hacía renovar sus prendas, más que remendadas y aprovechadas. Conforme se acercaba el crucial instante, su pulso se aceleró, su respiración se tornó entrecortada y todo su cuerpo se tensó. Era el lance final. Había sido inteligente y su elegancia a la hora de vestir no había sido excusa para no contar con un calzado cómodo. Lo iba a necesitar. Sabía disimular sus intenciones y, sin levantar sospechas, Josefa dio un giro brusco con el carro, cuando iba camino de una caja, y emprendió una carrera hacia el amplio pasillo central, en dirección a la salida. Espanto en el hipermercado, con alarmas, gritos y carreras sin freno. Nada ni nadie la podía parar. No hacía aquello solo por su familia sino por todas las que, deseándolo, no se aventuraban por los miedos de un sistema opresor y expoliador con los más vulnerables. Desconocía cómo acabaría pero no le daba buena espina. De cualquier forma, su pensamiento se centró en una cita grabada a sangre y fuego en su mente desde hacía días: «prefiero morir de pie a vivir arrodillada», aunque, bien podía percibirse, en ese justo momento a Josefa nadie le arrendaba las ganancias. Su simbólica victoria ya estaba sellada en el tique de los que osan subvertir las injusticias del capital.